



FUNDACIÓN
menudos corazones

I Concurso de Relatos Breves

Del corazón al papel

Relato Ganador Categoría Personas Adultas

"Latidos en la memoria"

Autor: Pedro Redondo

Tal como la neblina de las frías mañanas meseteñas invade el espacio, su mente se ha ido vaciando paulatinamente de recuerdos, entre ellos, los de su primera etapa como madre.

Aquella mañana, ella estaba sentada entre ruidos dispersos en la sala de recuperación cardíaca de un hospital madrileño. Suena la radio, los bips de los diversos aparatos, voces sordas del personal sanitario y la respiración calmada de su hijo recién operado. Con la mirada perdida, la mente vacía, sujeta con su mano derecha, cálidamente, la mano de su hijo que yace aturdido en la cama.

En estos días y semanas le han invadido miedos, preocupaciones y recuerdos implantados en lo más profundo de su ser, cual marcado a fuego, que solo las oraciones le calman. A pesar del lento deterioro, hay experiencias vitales que no se olvidan, que perduran y que su memoria recupera tirando de un hilo adamantino que no puede ser cortado ni por la espada más afilada.

El día de la reoperación estuvo junto a su hija rezando a Santa Gema, la santa a la que se aferró con devoción inquebrantable desde aquella primera operación. Más de cincuenta años atrás, había dejado a su pequeño en manos de la ciencia médica, confiando en que obraran el

milagro de sanar aquel corazón malformado, un misterio de la embriología que entonces le resultaba ajeno, pero que había marcado la vida de su hijo y la suya desde el primer aliento.

Diagnosticar una cardiopatía congénita en aquellos años fue un duro trance para ella y toda la familia. En las provincias, los medios eran escasos, y ella recuerda levemente que nadie les daba respuesta, salvo aquella frase recurrente: «lo que dure». Un joven pediatra, cuya mente también se ha desvanecido, iluminó el camino, permitiendo que la neblina que la cegaba se fuera disipando lentamente, revelando que aquellos días podrían ser los últimos de la desesperanza de ver a su hijo apagándose como una lámpara que apenas emitía luz. Un tono azul frío recorría sus manos y labios como si el cielo nocturno se hubiera quedado atrapado en su carne, robándole el calor de la vida.

Aunque el cielo de Madrid, en aquel inicio de otoño, amaneció encapotado, las pruebas iniciales determinaron que la malformación que hacía que su corazón latiera a contraluz, débil y silencioso, era una Tetralogía de Fallot. Sin embargo, entre esas nubes sombrías, se vislumbró un rayo de esperanza: la posibilidad de una operación que podría devolver a su niño el brillo perdido. Aquellos meses dejaron tal impronta en ella, que los nombres de esos magos y las noches de desvelo con su hijo en brazos, todavía permanecen en el recuerdo. En Navidad, el hogar había recuperado la vitalidad perdida y, tras los Reyes, su hijo revoloteaba por el patio escolar como si aquella pesadilla no hubiese sucedido.

Esos recuerdos se despejan ahora en su rostro cuando esboza una leve sonrisa e instintivamente aprieta la mano que sostiene. Cuando él comienza a abrir los ojos lentamente, una cómplice mirada establece ese vínculo perpetuo entre ambos. A pesar de ese vacío que progresa poco a poco, su instinto de madre sigue intacto. No importaba si no podía recordar las circunstancias que la habían llevado hasta allí; lo importante era que, en ese momento, ella estaba presente, con su mano sobre la de su hijo, como cuando las tinieblas de la enfermedad ocupaban todo el espacio de su vida y ella era el ancla que le mantenía a flote, recordándole que incluso en las tormentas más oscuras, siempre hay una luz que nos guía hacia la esperanza.